

Juan Manuel y arrojé a los harapos de agua criolla del Maldonado mi latinidad. Sentí ruido de fierros viejos. Morí por la patria; ignoro si he pasado a vida mejor.

Este libro añade días y noches a la realidad. No se surte de ellos en el recuerdo, los inventa: es tan inventivo como los amaneceres y los ocasos. Es agrandador del mundo ¡qué oficio incómodo! No en balde he situado ese adjetivo: la comodidad (anhelo de la inapetencia y de la sueñera) es el ideal de esta hora penúltima: las mujeres padecen cabelleras mutiladas, porque es más cómodo, sin pensar que lo más cómodo es estar muerto y que las calaveras practican la suprema calvicie. La misma poética se ha rebajado a sistema de inhibiciones: no rimar, no aludir a colores, no ser mitológico, no ser porteño, no contar nunca nada, no alzar la voz. ¡Muerta seas, comodidad, aproximación de la muerte, discípula del no-ser y del caos! Este libro de Marechal (digo) no existe solamente por lo que deja de ser, por sus abstinencias y ausencias; existe en sí, con su tanta espacialidad, su clima, su luz.

Es un repertorio de dichas. Destinos nobles se cumplen en tierras imaginarias que los igualan en firmeza y en intensidad y en donde el milagro es una costumbre. Sus palabras han alcanzado la más alta categoría: la del elogio. Han ascendido a felicitaciones. Su decir tarde es decir frescura, su decir casa es decir hospitalidad, su decir árbol es decir buena voluntad de dar sombra.

Sentencias que nos obsequian mundos hermosos, tierra imaginada que puede volvérsenos patria y que recordaremos después —en la plataforma de un tranvía cuando anochece, en las hendijitas de una tarea— como si hubiésemos andado sus campos, tierra que merecerá nostalgias y dudas: esa es la labor originalísima de Marechal. Sin el menor asomo de mundología, quiero elogiarlo. Mis versos son un quedarme para siempre en Buenos Aires; los suyos son un continuado partir. Mis conceptos de la técnica literaria, mis preconceptos, son antagónicos a los practicados por él; la belleza infatigable de su poesía es el único argumento válido que le reconozco. Y ese —claro está— basta y sobra.

Días como Flechas son el veinticinco de mayo más espontáneo de nuestra poesía: libro embanderado y fiestero, libro cuya grandilocuencia es cómplice de la felicidad, nunca del temor. ¡Muerto seas, predicador que blandes el tamaño del mundo para achicarnos: Andrade-Calderón-Víctor Hugo!

Leopoldo: Alegría que en toda una mañana no cabe, cabe en un renglón de los que escribiste.

Nota bibliográfica al *Júbilo y Miedo de Ipuche**

Al gaucho siempre lo imaginamos con pampa (círculo mágico de nuestra superstición, tierra de tamaño de cielo, aureola acostada) alrededor suyo, y sin embargo los que primero campearon por nuestras letras fueron gauchos isleños, habitantes de un paraje tupido. He mentado a Ramón Contreras y al Chano, los primeros paisanos que conversaron inmortalmente. Los historió el peluquero, guerrero de la Independencia y empleado público Bartolomé Hidalgo, y después, a despecho del payador federolote Luis Pérez y del coronel Hilario Ascasubi, la pampa se los tragó, los desapareció. Ahora, en el *Júbilo y Miedo de Ipuche*, vuelven a salir gauchos isleños, gauchos remansados y chúcaros que entreveran las cuerdas decidoras de la guitarra bajo una noche retacona, apaisada, casi ratona, hecha de ramazón, de luciérnagas, de pastito.

Hay cosas felicísimas en su libro. Por ejemplo Las islas del Olimar, por ejemplo El ombú, por ejemplo La guitarra, por ejemplo El guitarrero correntino, por ejemplo cualquier renglón. Ipuche es una voz bien criolla que recalca las primacías criollas, sacramentándolas: la hombría de bien, la amistad conversada, la hospitalidad. Ahora que el criollismo rural (con la salvedad grandiosa del *Don Segundo*) se ha estancado en el aburrido y aburridor elogio de los moreiras de trastienda y el criollismo orillero en quejumbre de borrachines y caftens, es hermoso dar con un libro en que la honestidad y la criolledad sepan convivir.

Quizá la mejor composición para alcanzar de lleno su intimidad valiosa, la más ancha evidencia de hermosura que hay en sus páginas, es La isla del matrero, dramatización o episodio de Las islas del Olimar. Su entraña es este lugar común de todas las literaturas: la tremenda cercanía de la muerte; su argumento es este otro lugar común del gauchismo: el duelo del matrero y del tigre. Yo creo de veras en el lugar común para examinar a los escritores; creo sólo en él. Escritor que nunca nos habla de la pasión, del misterio del tiempo, de la muerte, no es escritor: es hombre que piensa en blanco o siente en blanco o imagina en blanco páginas simuladas y al que nunca le escuchamos la voz. Pedro Leandro Ipuche nos vuelve a contar el sucedido mentadísimo de Facundo Quiroga y del tigre. Su facundo quiroga es un tal Protasio Olivera, matrero bueno; su tigre... ya sabemos que hay un solo tigre eterno en todos los montes. La maravilla está en la realidad que les clava: realidad de alucinación, realidad desesperada y final.

Ojos con ojos se pulsaron de alma, dice, cuando el jaguar y el hombre se miran. Hay ambiente de brujería india en la escena; la noche renegrada los tapia y el gaucho, desde el ramaje en que se ha trepado, sólo le ve los ojos tirantes al tigre:

Y lo absoluto de la noche arcana
y la presencia de los ojos sueltos.

En seguida viene la agarrada mortal: el trabucazo con su carga chambona de muerte, la agresión del tigre, el trabuco simplificado en maza y revoleado contra la cabezota chata y manchada, la doble soltura de la muerte de la fiera y del advenimiento del día.

Con alegría casi sollozante
Pica tabaco y lo encrespa en hebrillas
Y alisa con el filo de la daga
La áspera chala. Y dedea el cigarro...

Y sobre los tizones apagados
Estaba el tigre con la frente rota.
Protasio lo movió por una oreja
Y le dobló la piel del lomo flácil
Y la palabra se le alzó, sombría
Y mansa, desde el fondo de la boca:
—¡Qué bordes le via' caer a mi carona!—

Gran libro éste que Ipuche ha cumplido, donde se pelea, donde se reza, donde se remora. Yo hago versos para sentirme más en Buenos Aires, para afianzarme la intimidad recuperada de Buenos Aires; Ipuche hace los suyos para conseguir una recordación esencial de sus pagos viejos, para saberse más de las islas. Ojalá, con los días, vea yo definitivamente mis cosas, juicio finalmente, como él.

Oriental por Julio Silva*

Es costumbre hablar de la viveza criolla, pero ¿y la orondez criolla, la solemnidad de los criollos? La vemos en la historia argentina (viva mi patria, aunque yo perezca y Vivid, Representación), la vemos en la yunta brava del tango, la vemos tomar en serio el raid con vacaciones o raid en camilla de Düggan, la vemos enternecerse con el Exodo impositivo del Pueblo Oriental, hecho a fuerza de rebenqueaduras y de facones, la vemos en este volumen de Julio Silva. Es un libro muy accidentado: de las catorce composiciones que lo enfilan, hay dos muy buenas, ya antológicas, casi demasiado buenas, y las demás...

«Asencio» y «Las exequias de mi abuelo» son las composiciones ilustres. Copio la más breve de las dos:

* Publicado en la misma revista que el artículo anterior, mismo número.

Asencio

Eran trescientas lanzas.
Trescientas lanzas para la presunta
revolución. Trescientas esperanzas.
Trescientas cañas con un fierro en la punta.
Para combatir las glorias y las hazañas
de las viejas leyendas castellanas,
trescientos cuchillos y trescientas cañas.
Eran así las lanzas americanas.
Y hacia el azar, buscando el entrevero
en un día quemante de febrero,
partieron en silencio
los trescientos jinetes de Asencio.

De las doce composiciones no ilustres sólo transcribiré un retazo de una que no es ni la mejor ni la peor. Dice así:

Todo el barrio lo admira porque sabe que es guapo,
el mozo orillero y compadrón,
taura macanudo que no se achica nunca
porque cruzado al cinto lleva siempre el facón.

Es decir, que si anda sin cuchillo lo corren. Son puras habladurías: yo lo conozco de memoria a ese compadrino y sé que es valiente. En mil novecientos ocho funcionaba en Palermo, cerca de casa, y estaba de facción en la calle Honduras. Lo conozco de un verso de Carriego que empieza así:

El barrio lo admira. Cultor del coraje...

El tamaño de mi esperanza*

A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa. Tierra de desterrados natos es ésta, de nostálgicos de lo lejano y lo ajeno: ellos son los *gringos* de veras, autoríceo o no su sangre, y con ellos no habla mi pluma. Quiero conversar con los otros, con los muchachos querencieros y nuestros que no le achican la realidad a este país. Mi argumento de hoy es la patria: lo que hay en ella de presente, de pasado y de venidero. Y conste que lo venidero nunca se anima a ser presente del todo sin antes ensayarse y que ese ensayo es la esperanza. ¡Bendita seas, esperanza, memoria del futuro, olorcito de lo por venir, palote de Dios!

* Valoraciones, n.º 9. La Plata, marzo de 1926.